

Concurso de Literatura 2020
Mención de Honor – Cuento Matriculados



JAVIER FRANCISCO RIAL

De círculos y bifurcaciones

Mi nombre es Francesca, solía vivir en Madison County, cerca de los puentes que se hicieron famosos gracias a un trabajo fotográfico aparecido en la National Geographic. En ese condado asistí a la escuela primaria. Desde entonces siento fascinación por la letra “Y”. La veo como un camino bifurcado, me imagino subiendo desde la base, llegando al punto central y optando por la rama de la izquierda o de la derecha. Imagino que al final de cada rama voy a encontrar otra “Y” que me va a enfrentar a un nuevo desafío.

Creo que esa es la forma como veo la vida: una sucesión de bifurcaciones donde todo el tiempo elegimos donde ir.

Por otra parte sé que, cuando elegimos, dejamos algo en el camino: un lugar, algún objeto, alguien especial.

Respeto mucho a las “Y” diría que hasta las admiro. Con ellas no se negocia, se avanza, se elige el camino y luego a seguir avanzando. No hay vuelta atrás, no hay lugar para arrepentirse.

En cambio las “O”, siempre dando vueltas sobre sí mismas, yendo a ningún lado o su gemelo matemático el “0” igual de irresoluto que bien merece el valor nulo que le fue asignado.

Yo amaba tomar decisiones, sin embargo la vida no me había enfrentado aún a alguna que valiera la pena hasta aquel día de lluvia.

Por otra parte, sabía que aquella decisión cambiaría el rumbo de mi vida. Siempre lo supe hasta en el momento en que estaba ocurriendo era plenamente consciente de lo que estaba poniendo en juego. Mi mano en la manija de la puerta de la camioneta, mi marido al volante a mi izquierda y a través del vidrio empapado por una lluvia que se me hacía metáfora de la tormenta de mi espíritu, lo veía a él en el auto.

Debía decidir todo mi futuro en un segundo y lo hice. No me importó mojarme, no me importaron las preguntas de mi marido que ni terminé de escuchar. No pensé en lo que dejaba: mis hijos, mi pueblo, mi historia, ¿mi imagen pública? Era lo que menos me importaba.

En aquel momento estuve segura, crucé la calle como Aníbal cruzando el Rubicon. “Alea jacta est” pensé haciendo uso de mis precarios conocimientos de latín.

Y claro que la suerte estaba echada, la suerte de toda una vida o de dos, porque había dos vidas la de antes y la de después.

Durante los años que siguieron repasé secuencia a secuencia aquellos momentos.

Con las lentes del heroísmo me veo como una mujer valiente que me jugué por lo que amaba, dispuesta a todo por conquistar mi felicidad.

Recordaba el primer encuentro, la primera cena, el primer beso y en especial, esa noche donde nuestras ropas se confundieron en un gran abrazo en la silla al lado

de la cama. La botella y las dos copas de vino ya vacías estaban ahí, como mirándonos, como un coro de mudos testigos de lo que estaba comenzando.

Pero no siempre me percibí heroína. A veces el paisaje era totalmente distinto, ciertamente desolador, no había héroes, no había hazañas, sólo un manojito de años que ya se podían contar en décadas, tristemente deshojados uno a uno en una vida que se me hacía plana, sin sobresaltos, con la llanura que justamente busqué esquivar aquel día.

Como si el destino me hubiera dado dos opciones y ambas con igual resultado.

Estos años junto a él mutaron del fuego a las cenizas y de las cenizas al hielo, imperceptiblemente, permitiendo el acostumbramiento, como deslizándose en el profundo pozo de la rutina y los rituales cotidianos.

Pero para eso hubo un precio: dos hijos. Pienso en ellos casi a diario. En sus cumpleaños lloro amargamente. Él, cuando está, - ya hablaremos de sus ausencias – me mira con ternura y con incredulidad, no conoce las fechas de cumpleaños y ese llanto le resulta indescifrable. Como el llanto de aquel día en que nació la nieta de la vecina. ¿Cómo se puede llorar en tales circunstancias? Yo nunca seré abuela o quizás sí pero nunca lo sabré, que viene a ser lo mismo.

Ahora estoy aquí, muy lejos del pueblo que me vio parir a mis dos cachorros, que ya no son míos. Estoy en otra ciudad que sólo el terrible peso de la costumbre hace que no me resulte extraña. Me habitué pero no la siento mía, siento la ligereza del alquiler adonde vaya. Una eterna inquilina aún en mi propia casa.

Nada es mío, ni mi marido abandonado, ni mis hijos, ni mi pueblo, ni mis nietos – en caso de existir – ni él. Eso era lo más duro. La razón de semejante mudanza vital me es tan ajena como todo lo que perdí en aquel segundo.

Él me quiere, nadie lo duda. Me trata tanto en público como en privado con la mayor cortesía y amabilidad pero ¿Qué son estas cosas sino hermanas menores del verdadero amor?

Hace ya años que nuestras ropas no se mezclan en la silla. Las doblamos prolijamente cada uno por su lado. Para mí es muy claro: a mayor prolijidad menor pasión. Cuando tenemos tiempo de doblar la ropa los cuerpos pueden esperar.

Creo que la historia de él es conocida, viaja casi todo el tiempo mirando el mundo entero a través de la lente de su cámara. Yo me quedo sola, y lo transito como puedo.

Quiero distinguir en este punto tres estadios de la soledad en el orden en que me fueron ocurriendo.

Primero el extrañar, esa necesidad imperiosa de acelerar el tiempo, de contar los minutos casi con obsesión hasta su regreso.

Segundo la aceptación, la agri dulce sensación que las cosas son como son y no se puede pelear con el destino.

Finalmente, el disfrute de la ausencia, cuando el otro a fuerza de no estar se convierte en un extraño que cuando llega parecería estar de más.

¿Y qué pasa con él? No creo que esté mucho mejor. Tiene algunas ventajas, es cierto, no dejó ninguna familia, no tuvo que abandonar ningún pueblo y tiene la certeza que no es abuelo y tampoco le importa.

Pero su vida también se transformó. Sus sentimientos – los del día de la lluvia – se fueron perdiendo, como desvaneciéndose. Sé que jamás me lo diría, nunca diría nada que me hiera. Pero ya sabemos que lo que no se dice se actúa. Y él lo hace: en cada silencio, en cada saludo tibio, no puede evitarlo, lucha con todas sus fuerzas por ser un compañero apasionado pero a lo sumo es un compañero gentil.

A veces creo que le pesa mi decisión, se siente responsable. Todos sabemos que las responsabilidades son intransferibles, pero él pareciera no entenderlo.

Cada mujer que conoció y rechazó, cada uno de mis llantos incomprensibles que se dispuso a cobijar entre sus brazos, cada noche sin pasión, cada regreso a casa indiferente y tibio se le ocurren como cuotas de una hipoteca eterna que nunca va a terminar de pagarme.

Él también cambió: aventura por mesa servida, pasión por ropa planchada. Su vida parece pacífica pero a él le sabe cómo la paz de los cementerios.

Cuanto daríamos por volver al origen, por encontrar el camino de regreso, por deshacer decisiones en la creencia que nuestras vidas serían más luminosas si se nos permitiera otra chance, una revancha, una posibilidad de desandar lo andado, de no hacerlo tan definitivo, de volverlo un poco más circular.

Pero ya sabemos, los círculos y las bifurcaciones no se parecen en nada.